

Presentación

Hoy en día, investigar implica, cada vez más, aprender a convivir con algoritmos. Esta realidad está cambiando por completo la manera en que producimos el conocimiento, porque la Inteligencia Artificial (IA) ya no es solo una herramienta para acelerar el trabajo, sino un asistente que influye directamente en las conclusiones a las que llegamos. Por esta razón, la ética no puede ser algo que dejamos para el final o un requisito secundario, sino una parte fundamental del método de trabajo. Si no cuestionamos cómo usamos estas herramientas, corremos el riesgo de automatizar los procesos de investigación a costa de perder el rigor científico, el sentido crítico y el valor humano de la ciencia.

Uno de los problemas más complejos detrás de esta tecnología es la falta de transparencia de muchos algoritmos. Cuando un sistema de IA encuentra un patrón o predice un resultado, pero no podemos rastrear cómo llegó a esa conclusión, la confianza en el hallazgo se debilita. Entonces, es ahí donde la ética se vuelve una exigencia metodológica, porque necesitamos tecnologías que podamos entender y revisar. Solo así los investigadores podemos estar seguros de que un descubrimiento es real y replicable, y no el resultado de un sesgo del software o de una casualidad matemática.

Además, la mirada ética es indispensable para detectar los sesgos que los algoritmos arrastran. Hay que recordar que las IA aprenden de datos del pasado, los cuales suelen reflejar prejuicios históricos de género, raza o geográficos. Si consumimos la tecnología sin una mirada crítica, los sistemas simplemente repetirán y aumentarán esas desigualdades, bajo una apariencia de neutralidad técnica. Por eso, investigar con ética hoy significa revisar a fondo con qué datos alimentamos a las máquinas, para garantizar que el conocimiento final sea justo y apegado a la realidad.

Al final, este enfoque nos recuerda que la responsabilidad final siempre es nuestra, no de las máquinas. Aunque una IA puede procesar millones de datos e información en segundos, no tiene la capacidad de entender el impacto social, el contexto ni las consecuencias de un hallazgo. Delegar el trabajo pesado a la tecnología es útil, pero la interpretación profunda y el compromiso con la verdad son tareas que solo los seres humanos podemos hacer.

Precisamente para debatir, profundizar y compartir investigaciones que aborden estos desafíos, la edición 33 de la Revista CLIC ofrece sus páginas abiertas. Invitamos a la comunidad científica, académicos e investigadores a revisar su contenido para seguir construyendo un conocimiento científico abierto, transparente y con un profundo sentido ético.

María Alejandra Rujano 
Equipo Editorial
DOI: [10.5281/zenodo.20447938](https://doi.org/10.5281/zenodo.20447938)